

Sin menguar su desventura  
Pasaba el tiempo veloz.  
Afanábase Robleda  
En consolar á su hija,  
Mas ella en don Felix fija  
Desatendia su voz.

Pasaba el dia, la triste,  
Al pié del cerro vecino  
Siempre mirando al camino  
Con insensata avidez,  
Continuamente sentada

En la pradera florida  
Donde le vió á su partida  
Por la postrimera vez.  
Y el desdichado Robleda  
Que ciego la idolatraba,  
Veia bien que la ahogaba  
Su inextinguible dolor.  
¡Pobre viejo! ¡con qué gusto  
Toda su sangre vertiera  
Para sofocar la hoguera  
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio  
Que los nublados embozan  
Del sol cubriendo los rayos  
Tras de su cortiná lóbrega,  
Del arroyuelo á la margen  
Está la infeliz Aurora  
Embebecida la mente  
En lisonjeras memorias.  
Pálida y desencajada  
Aunque atractiva y hermosa,  
Piensa en que el año se cumple  
Y su don Felix no torna.  
¡Un año! Y la pobre niña  
Aun siente devoradora  
De su amor la eterna llama  
Que el tiempo apagar no logra.  
Un año vá á hacer que ausente  
Del dulce sueño que adora,  
Aun de su vuelta conserva  
Una ilusion mentirosa.  
Aun sale todas las tardes  
A contemplar á sus solas  
La senda por dó solia  
Bajar por entre las rocas.  
Aun vuelve los tristes ojos  
Con esperanza engañosa  
Creyendo verle á lo léjos  
Doblar la empinada loma,  
Mas nunca llega don Felix;  
Jamás amiga persona

Trae carta ó noticia suya  
A la enamorada Aurora.  
Y ella sin embargo espera,  
Mas ¡ay! esperanza loca  
El año entero se cumple  
Y su don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello  
Meditabunda y llorosa,  
Cuando en el fin del camino  
Distinguir creyó una sombra,  
Que se deslizaba rápida  
Por la vereda tortuosa,  
Aclarando sus contornos  
Segun la distancia acorta.  
No es ilusion esta vez;  
Un bulto de humana forma  
Es la aparicion. Los ojos  
Se la saltan de las órbitas.  
¡Con cuánta ansiedad y ahinco  
En el que viene los posa!  
Sondear quisiera con verle  
Su nombre, su sér, su historia.  
Y en tanto descende al valle  
La aparicion venturósa  
Que es un viejo peregrino  
Con su bordon y sus conchas.  
Agil y récio de miembros,  
Su larga edad no le estorba  
Para caminar, y apenas

Sobre su baston se apoya.  
Cana la barba y crecida,  
Talante y faz majestuosa,  
Vaga sonrisa en los labios  
Mirada escudriñadora.  
Tal era aquel extranjero  
De cuya agradable boca,  
Oyó Aurora un «Dios te guarde,»  
Tras de sonrisa amistosa.  
Y ella atenta contemplándole  
Por si tal vez le conozca,  
Volvióle la cortesía  
Con un «vengais en buenhora.»  
Quedaron ambos un punto  
En actitud silenciosa  
Trabando entrambos á poco,  
Un diálogo en esta forma.

EL PEREGRINO.  
¿Qué haces en medio del campo  
Con la tormenta tan próxima,  
Pobre niña?

AURORA.  
—Ya lo veis,

Llorar.

EL PEREGRINO.  
¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.  
Mis desventuras, señor.  
EL PEREGRINO.  
¿Tan jóven y ya te acosan  
El corazon las desdichas?

AURORA.

Cada dia se redoblan.  
Mas perdonadme extranjero  
Si mi pregunta os enoja,  
Y á vuestra edad sin respeto  
Os interrumpo curiosa.  
¿Venis de Francia?

EL PEREGRINO.

Es mi patria.

AURORA.

¿Y la habeis andado toda?

EL PEREGRINO.

Toda la conozco á palmos  
Desde una punta á la otra.

¿Mas qué te suspende niña?  
¿Qué empacho pueril te estorba  
Finalizar tu pregunta?  
Nada me has dicho hasta ahora.  
Si acaso en Francia se hallare  
Alguna madre amorosa...

AURORA.

No la tengo

EL PEREGRINO.

Algun hermano...

AURORA.

Tampoco.

EL PEREGRINO.

Alguna persona

Querida... Tal vez la misma  
Ocasion de tus congojas.

AURORA.

Pues bien, anciano, es muy cierto.  
Hay una cuya memoria  
De mi no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.

¿Un hombre?

AURORA.

Si.

EL PEREGRINO.

¿De española

Sangre nacido?

AURORA.

En sus reyes

Origen su sangre toma.

EL PEREGRINO.

¿Pasó á Francia?

AURORA.

Por mi culpa.

EL PEREGRINO.

¿Le amabas?

AURORA.

Mucho.

EL PEREGRINO.

¿Y se nombra?

AURORA.

Don Felix es de Aracena.

EL PEREGRINO.

¿Altivo?

AURORA. Y las montañas desploma.  
 Y galan. AURORA.  
 EL PEREGRINO. Basta, peregrino, basta,  
 ¡Dichosa Que siento que sangre brotan  
 La mujer que para suya Las mal cerradas heridas  
 Tan buen caballero escoja! Que mi corazon destrozan.  
 AURORA. ¿Con que me olvida?  
 ¿Le conoceis? EL PEREGRINO. Lo ignoro.  
 EL PEREGRINO. Si por cierto, AURORA.  
 Que es conocerle gran honra. ¿Mas no sabeis?....  
 AURORA. EL PEREGRINO.  
 ¡Hablad por Dios! Que ama á otra.  
 EL PEREGRINO. AURORA.  
 La fortuna ¡Triste de mí! Si él me falta  
 Le acude con mano pródiga. Todo lo demás me sobra.  
 Mas liberal cada dia, Y á estas palabras sintiendo  
 De dicha y de honor le colma. Que las fuerzas la abandonan  
 La Francia entera le aplaude, El extranjero los brazos  
 Y vá su nave orgullosa Tendió á la infeliz Aurora.  
 Por el mar de los favores Cayó sin sentido en ellos  
 Navegando viento en popa. Y él blandamente dejola  
 El sábio rey Luis Onceno De la florecida yerba  
 Con ciega pasion le adora; Sobre la mullida alfombra.  
 Y el príncipe sin empacho  
 Le admite en su misma alcoba;  
 Con ellos á caza sale,  
 Gran fama con ellos goza  
 De entendido y de valiente:  
 Y aunque parezca lisonja,  
 No fué mejor caballero  
 Con el rey Luis á Borgoña.  
 AURORA.  
 ¡Callad, buen viejo, callad!  
 Que la ventura me agobia  
 Al oír tan gratas nuevas.  
 Mas decidme, ¿tanta gloria,  
 Buen peregrino, del alma  
 Le habrá arrancado ambiciosa  
 El amoroso recuerdo  
 De su abandonada Aurora?  
 EL PEREGRINO.  
 ¡Ay! todo el tiempo, hija mia,  
 Lo confunde y lo trastorna.  
 El curso á los rios tuerce

En tanto avanzaba el lóbrego  
 Nublado amenazador,



Y ya á lo léjos se oía	En la azulada region,
De trueno el cóncavo son.	Y á la impetuosa tormenta
Zumbaba el viento arrastrándose	Precediendo sin temor,
En torbellino veloz,	Giraba en círculos sesgos
Mas sin templar de la atmósfera	Graznando en áspero son.
El hálito abrasador.	La senda con lento paso
Caían de cuando en cuando	De su alquería tomó
Precursoras del turbion	Aurora, saliendo apenas
Anchas y redondas gotas	De su honda enajenacion,
Que se tornaban vapor :	Y por la arenosa márgen
Y amedrentadas las aves	Del arroyo saltador
De abrigo preciso en pos	Hasta el umbral de su puerta
Cruzaban el aire denso	Meditabunda llegó.
Sin segura direccion.	Allí arrancando un suspiro
Solo el salvaje milano	Del fondo del corazon,
Con vuelo fascinador	¡Qué hará don Felix!— Se dijo,
Suspendido se cernia	Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo dias y viniendo dias,  
Y Aurora sin ceder en sus manias,  
Un año se pasaba y otro año  
Sin que entendiera nunca el desengaño.  
Sueño no mas creyendo al peregrino  
Creía sin embargo en la firmeza  
De don Felix, agüero sospechándolo,  
Mas feliz esperando su destino  
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.  
¡Tal es nuestra locura!  
Nunca creemos mas de los agüeros  
Que la parte de bien y de ventura :  
Si allá en noche afanosa  
Negro, espantoso, aterrador ensueño  
Con tenaz pesadilla nos acosa,  
Su memoria azarosa  
Olvidar procuramos con empeño  
Cual creacion del alma vaporosa.  
Mas si dulce ilusion blanca y risueña  
Nuestro reposo encanta,  
Al punto la juzgamos  
De grato porvenir ilusion santa.  
Así pensaba Aurora  
La vuelta de don Felix esperando

Fiada en su palabra engañadora ;  
Siempre en su cierta ingratitud dudaba ,  
Mas siempre en la fortuna ,  
La fama y los honores que adquiria  
Creia sin cesar , sin ver que fuesen  
Visiones de su amante fantasia.  
Y siempre en la ladera  
Del manso arroyo con afan sentada  
Por la senda tendia  
La vista enamorada  
Creyendo que don Felix volveria.  
Embebida en tan dulces pensamientos  
Una tarde de julio calurosa  
Descansaba la niña fatigada  
Del arroyo á la márgen arenosa :  
Los ojos en el cielo  
En lágrimas de amor humedecidos  
Distraida fijaba  
Sin fe ni objeto por su azul perdidos.  
La imágen de don Felix  
Mas que nunca amoroso ,  
Mas que nunca galan veia acaso  
Que á su valle volvia  
Con ciego amor y presuroso paso.  
Y ella ufana á su vez con su hermosura  
Los brazos le tendia.  
¡Mas ay que la vision nunca venia!  
Siempre , sí , de sus bellos pensamientos  
La efimera ventura  
Deshacia de un soplo  
Su secreta y fatidica amargura.  
Siempre se hundian sus dorados sueños  
En el mar de sus lágrimas , y al cabo  
Sus delirios no mas siendo la suerte  
Que aguardaba dichosa,  
Miraba al porvenir... y no veia  
Mas esperanza que la tarda muerte,  
¡Pesadilla fatal que la oprimia!  
Y aquella bienandanza  
En que soñó á don Felix, la privanza  
Que en Francia con el principe gozaba ,  
Todo cuanto la dijo el peregrino  
La idea de otro amor la emponzoñaba.  
Todo era en su opinion sueño y mentira ,  
Todo ilusion de su alma enamorada,

Mas ¡cuánta fe , cuán to placer la inspira  
Su esperanza infundada !  
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre  
Su dichosa ilusion tenaz conspira  
De su amor á qué dude despechada!  
¡Ay, desdichada Aurora ,  
Cuán arraigada la memoria guardas  
Del ingrato amador á quien aguardas !  
¡Con cuánta fe tu corazon le adora !  
Y así sin claro objeto  
Y sin clara razon la pobre niña  
Presas infeliz de su dolor secreto  
Enamorada llora ,  
Y del limpido arroyo en la ladera  
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando  
Meditabunda y llorosa ;  
Cuando en el fin del camino  
Distinguir creyó una sombra  
Que deslizándose rápida  
Por la vereda tortuosa  
Se aclara y se patentiza  
Segun la distancia acorta.  
Tembló de pavor al verla  
Que no es ilusion ahora  
De su ardiente fantasia  
Sino realidad odiosa.  
Es el mismo peregrino  
Que ha vivido en su memoria  
Dos largos años , imágen  
De un sueño amedrentadora.  
El es , con su blanca barba ,  
Su paso y faz majestuosa ,  
Su indefinible sonrisa ,  
Su mirada escrutadora ,  
Con su sayo penitente  
Y su bordon y sus conchas.  
El es , sí : y á su presencia  
Todo lo comprende Aurora.  
Toda la verdad del sueño  
A su mente se la agolpa  
Con el certero puñal  
De una exactitud diabólica.  
Don Felix rico y dichoso

Cuya nave va orgullosa  
Por el mar de los favores  
Navegando viento en popa ;  
Herederó del condado  
Que muerto su padre goza ,  
Querido del rey de Francia ,  
Celebrado en toda Europa  
Por entendido y valiente ,  
Sin ayos que se interpongan...  
Mas de su amor olvidado  
Y enamorado de otra.  
Todo esto en su mente bulle ,  
Todo esto el alma la acosa ,  
Como horrible desencanto  
De esperanza engañadora.  
Y ella... necia sin ventura  
Que de firmeza blasona  
Conserva de quien la olvida  
La ingrata imágen que adora!  
Si aun era sueño dudaba  
Cuando á sus oídos próxima  
Oyó una voz que decia  
«Dios sea contigo, Aurora.»  
Rompió á llorar escuchándola  
La muchacha , y su congoja  
Respetando el peregrino  
Tras larga pausa así hablóla:  
—¿Aun vives, niña, y aun amas?  
¿Y aun el raudal no se agota  
De tu llanto y de tu vida?  
¡Fortuna infeliz te toca!  
AURORA.  
¿Con que es verdad que á don Felix  
Protege fortuna pródiga ,  
Y en honores y riquezas  
Consigue cuanto ambiciona?  
¿Con que es verdad y no sueño  
Que há dos años vuestra boca  
En esta misma ladera  
Me dijo que amaba á otra?  
¡Ah! quien quiera que seais  
Hombre, ó vision ilusoria  
Que desde Francia venís  
No mas que á apagar la antorcha  
De mi esperanza, volveos ,

Tornar á esa Francia odiosa  
De donde venir no pueden  
Mas que sierpes ponzoñosas.  
Idos, buen viejo, y dejadme  
Con mis pesares á solas ,  
Dos años há que os conozco  
Y en vos no creí hasta ahora.  
EL PEREGRINO.  
¿Y no me preguntas nada?  
AURORA.  
Cuanto me digais me sobra  
Si Felix no vuelve.  
EL PEREGRINO  
Nunca.  
AURORA.  
¿Con que es ella tan dichosa  
Que en las redes de su amor  
Para siempre le aprisiona?  
EL PEREGRINO.  
Para siempre.  
AURORA.  
¿ Tanto le ama ?  
EL PEREGRINO.  
Ambos con furor se adoran.  
AURORA.  
¡ Fortunado de él !  
EL PEREGRINO.  
Sin duda  
Pues cuanto apetece logra.  
AURORA.  
¿ Y ella es muy noble ?  
EL PEREGRINO.  
Duquesa.  
AURORA.  
¿ Joven ?  
EL PEREGRINO.  
Mucho.  
AURORA.  
¿ Y muy hermosa ?  
EL PEREGRINO.  
Toda alabanza es escasa.  
AURORA.  
¡ Ojalá Dios les dé toda  
La dicha que les desea  
Quien por sus venturas llora !

EL PEREGRINO.

¿No le amas ya pues tan fácil  
Su ingratitud le perdonas?

AURORA.

Cual nunca de sus recuerdos  
El fuego ¡ay Dios! me devora,  
Si, mas yo solo á quien amo  
Deseo fortuna y gloria.

EL PEREGRINO.

¡Mas si él te ultraja!.....

AURORA.

En amarle

Yo pago una deuda propia;  
Si me olvida, cuenta es suya.

EL PEREGRINO.

¿Mas no de otro amor zelosa.....?

AURORA.

No, si él es feliz con ella,  
El no serlo yo ¿qué importa?  
¿Por qué la ventura ajena  
Querré turbar envidiosa?  
No, que gocen y que nunca  
Les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando  
De sus lágrimas Aurora  
Quedó al parecer tranquila;  
Mas ¡ay! calma mentirosa,  
Porque dentro de su pecho  
Fermenta devoradora  
La llama de sus pesares,  
Que ni extingue ni sofoca  
La virtud que la consuela  
Pero que su amor no doma.

Absorto ante esta sublime  
Abnegacion generosa  
Al fin el viejo extranjero  
Dejó correr turbia sola  
Por su tostada mejilla  
De amargo llanto una gota.  
Y Aurora tornando el rostro  
En cuya faz amorosa  
Distinto aspecto sus rasgos  
Y extraño carácter toman,  
Dijo así con voz dulcísima,  
Mas firme y fascinadora,

A la que Aurora no pudo  
Permanecer silenciosa.

—¿Ningun deseo te resta  
Que te se pueda lograr?

AURORA.

Solo imaginarlo es dar  
En necesidad manifiesta.

EL PEREGRINO.

¿Quisieras volverle á ver?

AURORA.

Si, siempre verle quisiera,  
Mas sin que él verme pudiera,  
Que fuera aguar su placer.

Si, en ser eterno testigo  
De su ventura me holgara,  
Pero sin que él sospechara  
Que estaba siempre conmigo.

Verle, oírle noche y dia,  
Poder cual ángel de Dios  
Ser continuo entre ellos dos,  
Espiritu de armonía.

Inspirarle siempre fe,  
Siempre amor, siempre ventura  
Y encontrar mi sepultura  
De su sepultura al pié.

Mas esto, buen peregrino,  
Ya veis que es delirio necio!.....  
La voluntad os aprecio,  
Mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO.

No hay cosa que alguien no pueda:  
Y nadie en la tierra sabe  
Lo que en lo posible cabe,  
Lo que en lo imposible queda.

Esto contestó aquel viejo  
A la propuesta de Aurora  
A punto que por la tierra  
Se derramaban las sombras.  
Cerraba la noche oscura,  
Tan negra y tan tenebrosa,  
Que no alcanzaban los ojos  
A la distancia mas corta.  
El viento lánguidamente

Suspiraba entre las rocas  
Y alzaban triste murmullo  
Las casi agostadas hojas.  
Con grande inquietud Robleda  
De gran pesar precursora,  
De los elementos via  
La revolucion medrosa.  
Pavor sentia su alma,  
De noche tan densa y lóbrega,  
En que imagina su suerte  
Tan negra como la atmósfera.  
Y ante una ventana abierta  
Enterrado en su poltrona  
Al cielo sin luz miraba  
Con faz y con vista torva.  
¿Qué espera allí? Lo que nunca  
Volverá á ver mas ; su Aurora.  
Su amor, la luz de sus ojos,  
El aliento de su boca.  
¡ Ay padre infeliz! bien haces  
En llorarla : llora, llora,  
Que no has de volver á verla  
Porque el amor te la roba.  
En vano al ver que se pasan  
De la noche horas tras horas,  
Por todo el valle la busca  
Con ansiedad congojosa.  
En vano de los peñascos  
Por las quebradas recónditas  
Con tristes voces la llamas,  
Cuando á tu voz está sorda.  
En vano vas al castillo  
Donde los restos reposan  
Del viejo conde, y preguntas  
A sus jentes lo que ignoran.  
En vano sí, al pié del busto  
Que su sepulcro corona  
Con supersticion sencilla  
Humildemente te postras.  
En vano sus piés besando  
De piedra insensible y tosca  
Le ruegas que como en vida  
Vele por él y su honra.  
En vano le dices : — « Conde  
Mira que es mi única joya.

Y aun vive tu hijo.....! Levántate  
Entre el seductor y Aurora!»  
La estatua no te responde,  
Ni dentro la huesa cóncava  
Aunque tus ayes retumben  
Encontrarán quien los oiga.  
No, no. La buscas en vano ;  
Vé, ya en el Oriente asoma  
La Aurora del nuevo dia  
Mas no volverá tu Aurora.  
Grande misterio la esconde,  
Grande voluntad la estorba  
A tus fatigados brazos  
Volver bella y cariñosa.  
Solo te quedan , buen viejo,  
Los ojos y la memoria,  
Para llorarla perdida ,  
Llora, desdichado , llora.

### VIII.

En una selva del Garona á orillas,  
De antiquísimos robles rodeado,  
De recios chopos y hayas amarillas,  
De almenas y de torres coronado  
Un enorme castillo se levanta ;  
Y el viajero mirando se amedrenta  
Tanto artificio y fortaleza tanta ;  
Que es por demás su fábrica opulenta.  
Profundos y anchos fosos le circundan,  
Cuyos cóncavos senos  
Las turbias aguas del Garona inundan ;  
Y dos seguros y macizos puentes  
De gruesas barras y cadenas llenos  
Dos caminos franquean diferentes,  
Que á poco de la oscura fortaleza  
Se pierden de la selva en la maleza.  
Por cima de los árboles copudos,  
Afronta audaz de su estatura enana  
Y sus silvestres pabellones rudos,  
La gigantesca torre  
De los vigias se levanta ufana  
Ceñida de exquisita filigrana  
Que al encaje sutil parejas corre.